

gente y tan amable... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... A mi lado no se hubiera muerto... ¡Miguel!... ¡Miguel!

Por la mañana dejaron de oírse las voces de Ceferina. Creyeron que se habría dormido. Estaba muerta.

CAPÍTULO XXXII

Donde se cuenta que la flauta de Nectario resonó en el figón de Clodomiro.

La señora de la Verdeliere, que no pudo acercarse a Mauricio como enfermera, en ausencia de la señora de Aubels volvió al entresuelo de la calle de Roma con el pretexto de pedir una limosna para las iglesias de Francia. Arcadio la permitió llegar hasta la cabecera del convaleciente.

—¡Traidor!—susurró el joven d'Esparvieu al oído de su ángel—; líbrame inmediatamente de semejante lechuza o serás responsable de cuantas desgracias ocurran aquí.

—Tranquilízate—respondióle Arcadio con serenidad.

Después de los saludos y cortesías de rigor, la señora de la Verdeliere hizo un gesto a Mauricio para que se despediese al compañero inoportuno; pero Mauricio fingió no comprender, y la señora de la Verdeliere expuso el objeto aparente de su visita.

—¿Qué será de nuestras iglesias, nuestras amadas iglesias rurales?

Arcadio la contemplaba; suspiró angélicamente y dijo:

—Se hundirán, señora, deshechas en ruinas. ¡Qué lástima! La iglesia es, entre las casitas aldeanas, como la llueca entre sus polluelos.

—¡Eso es!—dijo la señora de la Verdeliere, con una sonrisa encantadora—. ¡Eso es! No hay duda.

—¿Y los campanarios?

—¡Oh! caballero, ¡los campanarios!

—Los campanarios se alzan hacia el cielo, como gigantescas jeringas que apuntan a las nalgas de los querubines.

La señora de la Verdeliere desapareció sin decir una palabra más.

El reverendo padre Patouille fué también aquella tarde a llevar al herido consejos y consuelos. Exhortóle a prescindir de amistades peligrosas y a reconciliarse con su familia, y le pintó a la madre con los brazos abiertos para recibir entre lágrimas al hijo pródigo...

Cuando renunciara con viril esfuerzo a los deleites inmundos y a los apetitos desordenados para ser honrado y virtuoso, Mauricio recobraría la entereza de su corazón y la paz de su alma, se libraría de quiméricas alucinaciones y se sustraería al influjo del enemigo.

El joven d'Esparvieu agradeció al reverendo Patouille tanta bondad y le aseguró que no se habían amortiguado sus sentimientos religiosos.

—Nunca—dijo—fuí más creyente que ahora; y nunca necesitaba tanto serlo. Figúrese usted, señor cura, que me veo precisado a recordar el catecismo a mi ángel custodio...

El reverendo padre Patouille suspiró profundamente y recomendó a Mauricio que rezara, el rezo era la única salvación ante los peligros de un alma combatida por el demonio.

—Señor cura—repuso el enfermo—, ¿le agradecería conocer a mi ángel custodio? En seguida vuelve. Ha salido a comprar cigarrillos.

—¡Desdichada criatura!—exclamó el sacerdote.

Los redondos mofletes del padre Patouille quedaron mustios en señal de aflicción, pero pronto volvieron a erguirse con alegría, porque muchas apariencias pregonaban ya el triunfo de su causa.

Era indudable la reacción del espíritu público. Los jacobinos, los francmasones, los bloquistas, veíanse despreciados en todas partes; las clases directoras daban ejemplo; la Academia Francesa discurría con gravedad; se multiplicaban las escuelas cristianas; la juventud del Barrio Latino se sometía a la Iglesia y la Escuela Normal exhalaba perfumes de seminario. Veíase triunfante la Cruz, pero faltaba dinero, más dinero, mucho dinero...

Después de un descanso de mes y medio, el médico autorizó a Mauricio para que diera un paseo en coche. Llevaba el brazo en cabestrillo; su querida y su amigo le acompañaban. Fueron al Bosque de Bolonia para disfrutar entre la yerba y los árboles verdes la dulzura de vivir, y sonreían a todo porque todo les sonreía. Como supuso Arcadio, eran más buenos después de pecar. Por los tortuosos caminos de su cólera y de sus celos Mauricio había llegado a disfrutar una calma bondadosa. Inspirábale Gilberta un amor indulgente. Arcadio la deseaba todavía, pero la posesión, purificadora de su deseo, libróle de la venenosa curiosidad. Sin vivir obsesionada por el prurito de agrandar, Gilberta era cada vez más agradable. Se apearon en La Cascada para tomar un vaso de leche, que les pareció deliciosa. Entregado a la inocencia de que disfrutaban los tres, olvidó el ángel

las injusticias del viejo tirano del mundo, que bien pronto debían serle recordadas.

De regreso en casa de su amigo, encontróse a Zita que le aguardaba semejante a una estatua de marfil y de oro.

—Me inspiras compasión, Arcadio. Se acerca la hora, que no se había presentado aún desde el principio de los tiempos y que acaso no se presente de nuevo hasta que se precipiten el Sol y su cortejo en la constelación de Hércules; llegamos a la víspera de sorprender a Ialdabaoth en su palacio de pórfido; y tú, que ardías en ansias de libertar los cielos, impaciente por volver triunfador a tu patria libertada, olvidas tus proyectos generosos y te adormeces entre los brazos de las hijas de los hombres. ¿Qué placer hallas en el roce de tales bestezuelas, corrompidas y formadas con elementos de tal modo inconsistentes que se desmoronan sin cesar? ¡Pobre Arcadio!, ¡siempre desconfié de ti! Sólo eres un intelectual, un ansioso de novedades, impotente para realizar nada.

—Me juzgas con demasiado rigor, Zita—repuso el ángel—, porque la naturaleza de los hijos del cielo les induce a frecuentar las hijas de los hombres. Por su materia corruptible no son menos agradables a los sentidos las mujeres y las flores, pero ninguna de las bestezuelas que me atraen me priva de mis odios y de mis afanes, y estoy siempre dispuesto a combatir contra Ialdabaoth.

Al verle decidido, mostróse Zita satisfecha y se apresuró a proseguir, sin desmayo, la realización de su magna empresa. No era necesario apresurar nada ni diferir nada.

—Un esfuerzo grande, Arcadio, resulta de una infini-

dad de pequeños esfuerzos; el conjunto más asombroso lo componen múltiples detalles ínfimos. Atendamos a todo minuciosamente.

Iba en su busca para llevarle a una reunión donde su presencia era indispensable. Allí se precisarían las fuerzas de los rebeldes.

Y añadió con sencillez:

—Nectario no faltará.

Mauricio no descubrió en Zita ningún atractivo; desde luego le desagradaba la perfección de su belleza, porque la verdadera belleza le produjo siempre un desencanto inexplicable; y después le inspiró antipatía profunda cuando supo que Zita era un ángel rebelde que iba en busca de Arcadio para llevarle a una conjura. El pobre mozo se valió, para retener a su camarada, de todos los recursos que su ingenio y las circunstancias le ofrecían. Quería llevar a su ángel custodio a un prodigioso «match» de boxeo, a un espectáculo teatral donde se presentaba la apoteosis de Poincaré, a una casa donde se le ofrecerían mujeres extraordinarias por su hermosura, por su talento, por sus vicios, por sus deformidades: todo, a condición de que no le abandonara; pero el ángel no se dejó convencer y dijo que se iba con su compañera.

—Y... ¿qué haréis?

—Conspirar para la conquista del Cielo.

—¡Siempre la misma locura! La conquista de... ¿No te dije ya mil veces que te propones un absurdo?

—Buenas tardes, Mauricio.

—¿Insistes?... Pues bien, ¡yo te acompaño!

Y el joven d'Esparvieu, con su brazo en cabestrillo, siguió a Zita y Arcadio hasta Montmartre, y se metieron en el figón de Clodomiro donde ya estaba la

mesa puesta en el jardín y a la sombra de un cenador.

El príncipe Istar y Teófilo habían llegado antes y hablaban con un hombrecito amarillento, semejante a un niño, que realmente era un ángel japonés.

—Sólo falta Nectario—dijo Zita.

Y en aquel momento apareció, silencioso, el anciano jardinero. Sentóse a la mesa y su perro se quedó echado a sus pies. La cocina francesa es la más famosa del mundo. Esta gloria resplandecerá sobre todas las glorias cuando la Humanidad, prudente al fin, desprecie la espada y empuñe un asador. Clodomiro sirvió a los ángeles y al mortal que los acompañaba, una sopa de verduras, un solomillo de cerdo, y unos riñones con vino; tres platos capaces de atestiguar que aquel figonero de Montmartre no era el predilecto de los americanos que desvirtúan y corrompen las excelencias culinarias de la Villa-Parador.

Clodomiro descorchó un burdeos que, sin estar inscrito entre las primeras marcas del Medoc, revelaba en su perfume y paladeo su noble origen. Conviene advertir que después del burdeos y de otros vinos el despenso presentó dignamente un romané muy suave, robusto y delicado, ardiente y ligero, de rica estirpe borgoñona, que hacía cosquillear la inteligencia y los sentidos.

El viejo Nectario alzó su vaso y dijo:

—Por ti, Dionysos, el más potente de los dioses; por ti que al renacer la Edad de Oro regalarás a los heroicos mortales con el racimo que Lesbos durante mucho tiempo vendimió en las cepas de Metima, con los viñedos de Thasso, con las blancas uvas del lago Mariut, con las bodegas de Falermo; y el zumo de las viñas será divino cuando, como en los tiempos del viejo Sileno, la sabiduría y el amor embriaguen al hombre.

Después de servirse el café, Zita, el príncipe Istar, Arcadio y el japonés expusieron sucesivamente la situación de las fuerzas reunidas contra Ialdabaoth. Los ángeles que renuncian a la beatitud celeste por el sufrimiento de la vida terrenal, ensanchan su inteligencia, disponen de recursos para engañarse y adquieren la facultad de contradecirse, de modo que sus asambleas son tumultuosas y confusas como las de los hombres. En cuanto uno de los conjurados precisaba una cifra, los otros la ponían en duda, y no era posible sumar dos números sin producirse un altercado, porque hasta la aritmética pierde su exactitud ejercida con apasionamiento. El querube, que arrastró a Teófilo llevándole a viva fuerza, indignóse al oírle alabar al Señor, y le asestó sobre la cabeza varios puñetazos que hubieran desnucado a un buey: pero la cabeza de un músico es más dura que el testuz de un cornalón, y los golpes no modificaban la idea que Teófilo se formó de la Providencia Divina. Opuso Arcadio, con insistencia, su idealismo científico al pragmatismo de Zita, y logró impacientar al arcángel de bella forma femenina, que al fin le dijo:

—Razonas mal.

—¿Es posible que te sorprenda?—exclamó el ángel custodio de Mauricio—. Yo razono como tú, en lenguaje humano. Y ¿qué es el lenguaje humano, sino el grito de la bestia de los montes o de las selvas, complicado y corrompido por primates orgullosos? A ver si consigues formar ¡oh Zita! con ese conjunto de voces irritadas o plañideras un lógico razonamiento. Los ángeles no razonan. Superiores en esto a los ángeles, los hombres razonan mal; y no me refiero a los profesores que para definir lo absoluto se valen de voces heredadas de los antropopítecos, de los monos, de los marsupiales y

de los reptiles, sus ascendientes. ¡Es una enorme chuscada! ¡Cómo se reiría el demiurgo si fuera inteligente!

La noche poblaba el cielo con sus estrellas. Nectario callaba, Zita le rogó que tocara la flauta.

Nectario cogió su instrumento. Mauricio encendió un cigarrillo. Al brillar la llama hundió en la obscuridad los astros del cielo y al instante murió. La maravillosa flauta cantaba el fulgor pasajero con voz argentina:

—Esa llama es un fugaz universo que realizó su destino. Lo formaban soles y planetas. Venus Urania midió las órbitas de los globos errantes en los espacios infinitos. Al soplo de Eros, el más antiguo de los dioses, nacían las plantas, los animales y las ideas. Durante los veinte segundos transcurridos entre la vida y la muerte de aquel universo, se desarrollaron las civilizaciones y arrastraron los imperios su larga decadencia; lloraron las madres, y subieron al cielo indiferente y mudo los cantos de amor, los gritos de odio y los lamentos de las víctimas. Proporcionalmente a su insignificancia, ese universo luminoso tuvo una existencia igual a la del universo que nos permite ver, sobre nuestras cabezas, algunos de sus átomos ardientes. Uno y otro no son mas que un breve resplandor en lo infinito.

Y a medida que las notas claras y puras vibran en el aire, se transforma la tierra en blanca nube y describen las estrellas rápidas órbitas; la Osa Mayor se desquicia, Orión se disgrega, la Polar abandona su eje magnético, Sirio, que proyecta en el horizonte su blanco fulgor, enrojece, azulea, vacila y se apaga; las constelaciones confundidas forman signos nuevos, que se deshacen a su vez. Los encantos de la flauta maravillosa ofrecen, reducidos a un instante, toda la vida y el orden universal que los hombres y los ángeles consideran eternos. Cesa la

flauta; recobra el firmamento su configuración antigua; desaparece Nectario. Clodomiro pregunta a los parroquianos si les agradó la sopa de verduras. Para cocerla bastante la tuvo a la lumbre veinticuatro horas. Luego ensalza el romané que han bebido.

Noche serena y tibia. Arcadio, a quien Mauricio no abandona, Teófilo, el príncipe Istar y el japonés, acompañan a Zita hasta la puerta de su alojamiento.

CAPÍTULO XXXIII

De cómo un horrible atentado siembra el terror en París.

La ciudad entera dormía. Resonaban los pasos en las aceras solitarias. Cuando llegó a la esquina de la calle Feutrier, en el centro de la Butte, se detuvo el cortejo. Arcadio hablaba de los Tronos y de las Dominaciones a Zita, que con la mano sobre el timbre no se decidía a llamar. El príncipe Istar dibujaba en el suelo con la punta del bastón la forma de sus nuevos artefactos; sus bramidos despertaban sobresaltados a los burgueses y crispaban a las Pasifaes de la vecindad. Teófilo Belais cantaba desafortadamente la barcarola que ilustra el acto segundo de *Alina, reina de Golconda*. Mauricio, valiéndose de la mano izquierda, por tener la derecha impedida, contendía con el japonés en un asalto animadísimo, arrancaba chispas a los adoquines y gritaba ¡«touché!» con voz chillona.

El sargento de policía Grolle se hallaba meditabundo, plantado en la otra esquina. Sus hechuras eran semejantes a las de un legionario romano, y presentaba todos los caracteres de la raza servil que vela por los imperios y sostiene las dinastías desde que los hombres construyeron las primeras ciudades. El sargento Grolle, a pesar de su fortaleza, desfallecía. Le debilitaban el oficio rudo y la escasez de alimentos; cumplidor de sus deberes, pero al fin hombre, sentíase indefenso ante las insinuaciones, los atractivos, los contoneos de las prostitutas que le salían al encuentro y formaban enjambre en los rincones oscuros, en los jardinillos solitarios, junto a las vallas de los solares... Las gozaba. Las gozaba como un soldado de pie sobre las armas, y estos ejercicios consumían su vigor. No había llegado aún a «la mitad del camino de la vida» y se prometía descansar en las apacibles tareas del campo. Aquella noche serena y tibia le invitaba a meditar en la esquina de la calle Muller; pensaba en la casa paterna, en el olivar, en el huerto, en la madre ancianita encorvada por los afanosos quehaceres de muchos años... Arrancado a su meditación por el tumulto de los noctámbulos, el sargento Grolle avanzó hasta la encrucijada que forman las calles Muller y Feutrier y atisbó con recelo el grupo bullanguero que su instinto social suponía formado por enemigos del orden. Era tan calmoso como solemne, y después de un largo silencio, con una tranquilidad espantosa, dijo:

—Circulen.

Pero Mauricio y el japonés, entusiasmados con la esgrima no le oyeron, el músico sólo prestaba oídos a sus melodías, el príncipe Istar estaba sordo para todo lo que no fuesen fórmulas de explosivos, Zita y Arca-

dio planeaban la mayor empresa que pudo concebirse desde que el sistema solar se consolidó en la nebulosa primitiva, y todos vivían ajenos a lo que les rodeaba.

—Les he dicho que circulen—replicó el sargento Grolle.

Entonces los ángeles entendieron la orden autoritaria, pero ya sea por indiferencia, ya por desprecio, continuaron impertérritos sin preocuparse más que de sus gritos, de sus cánticos y de sus discursos.

—Por lo visto se proponen ustedes que los detenga—vociferó el agente, y dejó caer su diestra sobre un hombro del príncipe Istar.

Indignado el querube al sentir aquel repugnante contacto, de un puñetazo formidable hizo rodar al sargento por el arroyo; pero ya el agente Fesandet acudía en socorro de su jefe; se lanzaron los dos sobre el príncipe y le golpearon maquinalmente con tanto ardor, que a pesar de su fuerza y de su peso le arrastraron ensangrentado a la Comisaría sin la intervención del angelito japonés que, uno tras otro y sin esfuerzo alguno, los derribó y los molió, antes de que Mauricio, Arcadio y Zita se diesen cuenta del suceso y pudieran intervenir. Entre tanto el músico, a respetuosa distancia, invocaba tembloroso la protección del cielo.

De pronto, dos tahoneros que amasaban el pan en un sótano cercano se presentaron con sus delantales blancos, desnudos de medio cuerpo arriba, y por un movimiento instintivo de solidaridad servil se pusieron de parte de los agentes derrotados. Teófilo, al verlos, horrorizóse y huyó; pero los mozos le persiguieron y se disponían a entregarlo a los guardias, cuando Arcadio y Zita le libraron. La lucha prosiguió, desigual y terrible, entre los dos ángeles y los dos tahoneros. Semejante por

su belleza y las energías de su cuerpo a un atleta de Lisipo, Arcadio ahogó entre sus brazos a su corpulento enemigo; el arcángel de bella forma femenina hirió con su cuchillo al otro, en cuanto le vió dispuesto a golpearle. Brotó del pecho velludo la negruzca sangre, y los dos tahoneros, defensores de la autoridad, se cobijaron en su cueva.

El agente Fesandet continuaba inerte, de bruces en el suelo; pero el sargento Grolle, que se hallaba de nuevo en pie, después de tocar un silbato para que acudieran en su auxilio, arremetió contra el joven d'Esparvieu, el cual tenía un solo brazo para defenderse y disparó su revólver con la mano izquierda. El sargento sintió la bala en el corazón; desplomóse, lanzó un profundo suspiro y se nublaron sus ojos en la obscuridad eterna.

Entre tanto se abrían las ventanas a las que se asomaban muchos vecinos. Oyóse un tropel de pasos; por la calle Feutrier adelantaban dos agentes ciclistas. En aquel momento el príncipe Istar arrojó una bomba que hizo estremecer el suelo, apagó el gas, derrumbó algunas casas y envolvió en densísima humareda la huida de los ángeles y de Mauricio.

Arcadio y Mauricio creyeron lo más prudente, después de aquella inconcebible aventura, volver a su entresuelito de la calle de Roma. Era seguro que de momento no inspirarían sospechas, y muy probable que no los persiguiesen jamás por aquel suceso, porque la bomba del querube suprimió, felizmente, los testigos presenciales. Al amanecer se durmieron, y no habían despertado aún a las once de la mañana cuando el portero les entró el te. Mientras comían tostadas con manteca y jamón, Mauricio dijo a su ángel:

—Yo suponía que un crimen era una cosa extraordinaria, y ahora comprendo mi engaño, seguro de que no hay en el mundo nada más natural y sencillo.

—Ni más conforme a la tradición—respondió el ángel—. Durante muchos siglos fué indispensable para el hombre matar y despojar a los hombres. Aún hoy se acostumbra en la guerra. Es honroso atentar contra la vida humana en ciertos casos, y no ignoras que a todos pareció bien tu intento de asesinato, sólo por suponer que me permití ciertas familiaridades con tu querida. Pero matar a un sargento de policía no es honroso para un joven de buena sociedad.

—¡Cállate!—repuso Mauricio—. ¡Cállate, malvado! Yo maté a ese pobre sargento instintivamente, sin darme cuenta; y esto me entristece; pero no es mía la culpa; tú me arrastras a la rebelión, a la violencia; tú eres el asesino. Me deshonoras y sacrificas mi tranquilidad y mi satisfacción a tu orgullo, a tus odios; inútilmente, porque no realizarás tus propósitos, Arcadio.

El portero entró los periódicos, y Mauricio palideció al ver que anunciaban con enormes titulares el atentado de la calle Feutrier: Un sargento muerto, dos agentes ciclistas y dos tahoneros gravemente heridos; tres casas hundidas, numerosas víctimas...

Se le cayó de las manos el periódico, y dijo con voz sollozante:

—Arcadio, ¿no hubiera sido mejor que me mataras en el jardincito versallés mientras el mirlo cantaba y florecían los rosales?

Extendíase por todo París el terror. En las plazas y en las calles populosas las comadres se hacían cruces al oír el relato del crimen, y reclamaban para los culpables

dolorosos y cruentos suplicios. Los tenderos hablaban desde el quicio de su puerta, y seguros de que los autores de aquel delito eran los anarquistas, los sindicalistas, los socialistas, los radicales, pedían leyes de represión. Imaginaciones más sagaces lo atribuían todo a manejos de los judíos o de los alemanes, y reclamaban la expulsión de los extranjeros; hubo muchos que, seducidos por las costumbres americanas, creían oportuno el lynchamiento.

Las noticias publicadas por los diarios agravábanse con rumores siniestros. No era sólo una, eran varias las explosiones en diversos puntos de la capital. En todas partes aparecían bombas. Muchos individuos, con facha de malhechores, habían sido apaleados por las turbas que los entregaron a la policía en estado muy lamentable. Un borracho que gritaba en la plaza de la República «¡mueran los polizontes!», fué despedazado por la muchedumbre.

El presidente del Consejo de Ministros conferenció extensamente con el Prefecto de Policía, y acordaron arrestar a cinco o seis apaches, entre los treinta mil que disfruta la capital, seguros de que así calmarían la efervescencia de los parisienses. Y el jefe de la policía rusa creyó reconocer en el atentado los procedimientos nihilistas, y solicitó que fueran conducidos a San Petersburgo una docena de refugiados. También se hicieron algunas extradiciones relativas a los asuntos de España.

Medidas tan prudentes y enérgicas tranquilizaron a París, y los diarios de la noche felicitaban al Gobierno. Los heridos mejoraban, hallábanse ya fuera de peligro y reconocían a sus agresores en todos los individuos que les presentaban.

El sargento Grolle no resucitó, es verdad, pero dos monjitas velaron su cadáver, y el Presidente del Consejo en persona puso la cruz de la Legión de Honor en el pecho de aquella víctima del deber.

Con la obscuridad y el silencio de la noche se volvió a sentir pánico. En la Avenida de la Rebelión descubrieron dos agentes una galera de saltimbanquis guardada en un solar. La creyeron refugio de bandidos, buscaron el apoyo de otros compañeros, y reunidas ya suficientes fuerzas, con ayuda de numerosos transeuntes se organizó el bloqueo. Hicieron quince mil disparos de revólver, y después de volar con dinamita la galera encontraron entre los residuos el cadáver de un macaco.

CAPÍTULO XXXIV

Donde se refieren la prisión de Bocota y de Mauricio, el desastre de la Biblioteca Esparviana y la marcha de los ángeles.

Mauricio d'Esparvieu pasó una mala noche; al menor ruido empuñaba el revólver, dispuesto a defenderse y a morir antes de tolerar que le llevaran preso. Por la mañana cogió con avidez los periódicos, y cuando hubo pasado la vista por sus columnas lanzó un grito de alegría. Llevado a la Morgue el sargento Grolle, para que los médicos forenses le hicieran la autopsia y certificaran las causas de su muerte, sólo apreciaron algunas equimosis y heridas contusas muy superficiales, y diag-

nosticaron mortal la rotura de un aneurisma de la aorta.

—Ya lo ves, Arcadio—exclamó gozoso y triunfante—, ya lo ves; no soy un asesino; me declaran inocente. Nunca pude imaginar cuánto satisface ser inocente.

Luego reflexionó y, por un fenómeno común, con la reflexión se disipó su alegría.

—Está probado que soy inocente, pero no me es posible olvidar—añadió meneando la cabeza—mi participación en las fechorías de un grupo de malhechores. ¡Vivo entre malvados! Tú estás en tu elemento, amigo mío; eres un individuo sospechoso, cruel y perverso; pero ¡yol, el mayorazgo de una encopetada familia, yo que recibí una educación excelente, me avergüenzo de mi proceder.

—También yo—dijo Arcadio—recibí una educación excelente.

—¿Dónde?

—En el Cielo.

—No lo creas, Arcadio, no lo creas; nadie se ha preocupado de tu educación. Si te hubiesen inculcado buenas doctrinas, no es posible que pensaras como piensas. Las buenas doctrinas arraigan muy hondo. En la niñez he adquirido el respeto a la familia, a la patria y a la religión, y esto dura ya toda la vida. ¿Sabes lo que me choca en ti? No es tu perversidad, ni tu crueldad, ni tu negra ingratitud; tampoco es tu agnoscismo, tolerable hasta cierto punto, ni tu escepticismo completamente pasado de moda (porque desde el despertar nacionalista ya nadie es escéptico en Francia); lo que me desagradaba en ti es tu falta de refinamiento; tus ideales no son de buen gusto y tus teorías carecen de elegancia; piensas como un intelectual, razones como un librepensador; tus propósitos huelen a radicalismo, apestan a «combis-